

mo sabeis. Y ellos yéndose pusieron guardias al redor del sepulcro, y sellaron la piedra. (San Mateo, XXVII, 37 á 66, San Márcos, XV, 42 á 47, San Lucas, XXIII, 50 á 56, y San Juan, XIX, 38 á 42)."

Es menester confesar, que la prudencia humana empleó los medios mas seguros para evitar la supuesta impostura que se temia. El sello del gran consejo ó del sumo sacerdote, y la guardia de soldados romanos, debian preservar el sepulcro de toda violacion; pero todas aquellas medidas precautorias tomadas solemnemente, no habian de servir sino para divulgar con mas prontitud y generalidad, la resurreccion de Jesus, y para probar su autenticidad. La sabiduría eterna que no estaba sin ejercer su poder, lo dispuso así, para que á causa de estar próximo el sábado, depositase José el cuerpo en su propio sepulcro, cerca de la ciudad que debia ser testigo, y muy cerca del Calvario donde eran sepultados los criminales, y en el enterramiento de un rico, segun la prediccion del gran profeta: "Se le reservaba la sepultura del impío, y fué sepultado en el sepulcro del rico. (Isaías, LIII, 9)."

CAPITULO IV.

DESCIENDE JESUCRISTO A LOS INFIERNOS.

Podemos sentarnos en espíritu con las santas mugeres, cerca del sepulcro del Hijo de Dios, y al verlas de-

do muchas veces. De esta tropa habla Pilato, y de ella debian tomar los judíos la guardia necesaria.

jar aquel lugar con llanto, podemos regocijarnos de antemano, en medio de la afliccion de su alma cubierta de tinieblas, por el triunfo próximo de nuestro divino Salvador. Mas así como hemos seguido su cuerpo hasta el sepulcro, ¡ojalá sigamos tambien su alma hasta el lugar á donde fué despues que inclinó la cabeza, y se consumó todo lo que habia decretado padecer por nosotros desde la eternidad!

Hemos oido qué palabras de salud dirigió Jesucristo, que tiene la palabra de la vida eterna, desde su cruz convertida por él en un trono de gracia, al buen ladrón pendiente de otra cruz á su lado. Hoy, le dice, *estarás conmigo en el paraiso*. Entró, pues, el Hijo de Dios en el paraiso el dia de su muerte. Pero ¿qué paraiso era este? ¿Era el que llamaban los israelitas el seno de Abraham, ó era el cielo en donde los justos perfectos gozaban la dicha de ver á Dios por toda la eternidad en compañía de los espíritus puros?

En nuestros libros santos, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, hallamos pasages muy notables sobre la aparicion del Hijo de Dios entre las almas de los muertos, y sobre el objeto de esta aparicion. Dichos pasages son rayos sueltos; pero reunidos en un foco por la tradicion, despiden tal luz en el abismo, que podemos seguir al Hijo de Dios hasta que se oculta á nuestras miradas.

Luego que Jesucristo inclinó la cabeza y se consumó todo lo que habia resuelto padecer por nosotros desde la

eternidad, su alma fué (según nos enseña la santa tradición de la Iglesia, desde el tiempo de los apóstoles) á visitar las almas de los justos, que aunque existentes en un lugar de descanso y de alegría (que nuestro Salvador llama una vez el seno de Abraham, según la expresión hebrea, y otra el paraíso), aguardaban su visita con un deseo ardiente (San Lucas, XVI, 22, XXIII, 43). Aquellas almas no habían tenido aún la dicha de ver á Dios cara á cara: Jesucristo se la proporcionó llevándolas consigo al tiempo de la ascension, cuando se sentó á la diestra de su Padre.

En este paraíso estaban juntamente las almas que no habían necesitado purificarse después de la muerte, y las que habían pasado por esta purificación. Los alemanes llaman *Vorholle* (que en latín quiere decir, *limbus*), este lugar de descanso y de alegría, que no es aun el de la dicha perfecta de los justos; pero ¿por qué no se le ha de llamar con nuestro Salvador el paraíso? Al lugar de purificación, llamado en latín, *purgatorium*, dan los alemanes el nombre de *Fegfeuer*, fuego que purifica.

No sabemos si nuestro Salvador visitó también las almas del purgatorio, ó si á su ascension las llevó consigo al cielo (§). Parece que puede suponerse, á lo menos, no debe mirarse como absurda tal opinion, supues-

(§) Santo Tomás asegura que bajó al purgatorio, pero que no sacó de él á todas las almas, sino solo á algunas (3 p. q. 52 a. 7).—(Nota del aprobante mexicano).

to que todas las almas que estén en el purgatorio en el día del juicio final, deben pasar á la bienaventuranza de los justos. También me parece que varios pasajes de nuestros libros santos, que hablan de esta visita con que nuestro Salvador honró á los justos, se aplican mas naturalmente á las almas que estaban en este lugar de purificación, que á las del paraíso.

Por último, creen algunos, que el vencedor de la muerte y del infierno, se apareció á los réprobos y á los ángeles rebeldes (§). Tan temerario sería afirmar nada acerca de esta última opinion, como el querer adivinar todos los designios que podia tener el Hijo de Dios al visitar las almas de los justos. Sigamos á Jesucristo con santo respeto, mientras nos guía la luz de la Divina Escritura y de la santa tradición; pero detengámonos á la entrada del abismo donde nos abandona esta luz.

Llamamos esta visita que hizo Jesucristo á los muertos, la bajada á los infiernos, conforme al modo antiguo de hablar, en que se designaban con la voz *infierno*, el sepulcro, los lugares inferiores de la tierra, y todo el reino de las sombras. (El *scheol* de los hebreos y el *hades* de los griegos, cuya expresión se halla también en el Nuevo Testamento). La palabra infierno tenía la misma significación entre los antiguos germanos y los escandinavos; de donde vino entre estos últimos, el nombre *Hela*, que daban á la diosa de la muerte. Esta voz

(§) Santo Tomás asienta que no (3 p. q. 52 a. 1 y 5).—(Nota del aprobante mexicano).

corresponde á *gruta* ó hueco, cuya imágen encierra tambien la idea del desmayo. De arriba nos viene la luz que todo lo alegra y vivifica: por cima de nuestra cabeza giran esos luminare magesuozos del cielo, cuya influencia es tan benéfica y tan independiente de nosotros: este es un motivo mas de unir la idea del poderío, con la de la elevacion. Todas las naciones se han representado y se representan aún arriba el sitio de delicias inefables, la mansion de los dioses, ya fuese en encumbradas montañas, ya en el cielo. La alegría levanta, y la tristeza abate la cabeza de los hombres. El levantar la cabeza es un privilegio que tiene el hombre sobre los animales, cuyas miradas conformes á su naturaleza, se inclinan hácia la tierra, y hácia su alimento. La vida nos levanta, y la muerte nos tiende en el suelo, y el cuerpo tendido es sepultado en el seno de la tierra. Es muy natural que el hombre haya unido á la idea de altura las de poderío, alegría y gracia, y á la de profundidad las de debilidad, aficcion y temor. Me parece que al examinar los pasages de la Sagrada Escritura, que hablan de la bajada de Jesucristo á los infiernos, deberia saltar á los ojos la idea de este modo de presentar las cosas que ha pasado al lenguaje.

Reunamos ahora los pasages de nuestros libros santos que hablan de este misterio. En el Salmo XV, versículo 10, donde seria imposible desconocer una profecía relativa al Mesías, aun cuando el apóstol San Pedro no nos lo dijere formalmente en el libro de los Ac-

tos, dice el real Profeta: "Porque no abandonarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea la corrupcion."

Véase lo que leemos en otro Salmo (LXVII, v. 5): "Cantad á Dios: decid salmos á su nombre: preparad el camino al que subió sobre el ocaso (1). El Señor es un hombre; saltad de júbilo en su presencia." Y en el v. 7 del mismo Salmo: "El es el que llama á los desterados á su patria (que obliga á los impíos á habitar los peñascos);" ó como se lee en la Vulgata y en los Setenta: "A los que irritan su cólera y habitan en los sepulcros."

"Subiste á lo alto y llevaste muchos cautivos: recibiste dones para los hombres, aun para los incrédulos (v. 19)."

Veamos qué uso hace San Pablo de este pasage. En la Epístola á los de Efeso, (Cap. IV, versos 7 á 10) dice: "Mas á cada uno de nosotros se nos ha dado la gracia segun la medida de la donacion de Cristo; por lo cual dice la Escritura: Subiendo á lo alto llevó cautivo el cautiverio, y dió dones á los hombres. ¿Y qué quiere decir que subió, sino que bajó primero á las partes inferiores de la tierra? El que bajó, es el mismo que subió sobre todos los cielos para cumplirlo todo."

(1) Así se lee en los Setenta y en la Vulgata. Aquella traduce *ente aoiketo*, en el desierto, y San Gerónimo, *per deserta*. Ambas versiones expresan una sombría imágen de los lugares inferiores de la tierra, una expresion que entre los griegos significaba tambien el ocaso. Homero dice: *Potí zophon hecroenta*, en el sombrío ocaso.

El profeta Zacarías se expresa del modo siguiente (Cap. IX, versos 9 á 11): "Salta de gozo, hija de Sion: regocíjate, hija de Jerusalem: mira que vendrá hácia tí tu rey justo y salvador, y al mismo tiempo pobre y montado en una pollina y en el hijo de la pollina. Y yo destruiré los carros de Efraim y los caballos de Jerusalem, y se romperá el arco de la guerra, y él hablará paz á las naciones, y su poder se extenderá de un mar á otro mar, y desde los rios hasta los confines de la tierra. Tú tambien sacaste en la sangre de tu testamento, tus cautivos del lago en que no hay agua."

Tambien es muy notable un testimonio del profeta Jeremías, que nos han conservado dos padres de los mas antiguos de la Iglesia, á saber: San Ireneo, discipulo de San Policarpo, que lo habia sido de San Juan Evangelista, y San Justino mártir, contemporáneo de San Ireneo. Este cita tres veces este pasage del profeta Jeremías, y San Justino le trae en su diálogo con el judío Trifon (1). Dice así: "El Señor, el santo en Is-

(1) En la primera cita de esta sentencia, en San Ireneo, se lee el nombre de Isaías; lo cual debe ser un error del copiante, porque la segunda cita la atribuye como San Justino mártir á Jeremías. La tercera no nombra á nadie, sino que dice solamente *el profeta, etc.* Yo no quisiera sostener con San Justino, que los judíos suprimieron de intento esta sentencia de las profecías de Jeremías, ya porque no han destruido otras que hablaban mucho mas claramente del Mesías que debia padecer, ya porque no hubiera sido posible adular todos los manuscritos, entonces que los judíos estaban dispersos en tres partes del mundo, y por último, porque tampoco traen los Setenta esta sentencia, no obstante que se hallaban en manos de los cristianos.

rael, se acordó de los muertos que dormian en el polvo de la tierra, y bajó hácia ellos para llevarles la feliz nueva de su salud. (San Just. *in dialogo cum Triphone*.— San Iren., *Advers. Heræes.*, III, 23, IV, 89, v. 31). No hay por qué extrañar la pérdida de una sentencia del profeta Jeremías, que se hallaba ya en pocos manuscritos en tiempo de San Justino y San Ireneo. Cualquiera, por poca atencion que ponga en la lectura de este profeta, debe advertir la inversion de orden de sus profecías aun en la parte histórica. En los Setenta, este orden se aparta mucho del original que han seguido naturalmente la Vulgata y todas las traducciones modernas; pero tambien está invertido en los Setenta, y faltan diferentes pasages del original. El testimonio de dos Padres de la Iglesia tan distinguidos, es de mucho peso, y no nos deja duda de la autenticidad del pasage.

Entre los textos que deben ocupar aquí un lugar, se cuenta tambien la sentencia de Jesus, hijo de Sirach, en la cual se introduce á la sabiduría, hablando así: "Yo penetraré en todas las partes inferiores de la tierra, y visitaré á todos los que duermen, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor. (Eclesiástico, XXIV, 45)." Es verdad que esta sentencia no se halla en la traduccion griega hecha por el nieto del santo autor en tiempo de Tolomeo Evergetes; pero se halla en la latina de la Vulgata, que es antiquísima, pues que la citan los primeros Padres de la Iglesia. San Gerónimo, que habia visto el original hebreo, dejó esta traduccion sin tocarla.

Confieso que la version griega del nieta que acaba de mencionarse, tendria una prevencion á su favor, si se tratara de un sentido diversamente interpretado de esta sentencia; pero cuando se halla un pasage en una traduccion, es mucho mas verosímil que se haya omitido en el original por error del copiante, que el que le haya intercalado el traductor. Esta consideracion determinó tambien á David Martin, teólogo reformado y de gran mérito, á poner, segun la Vulgata, esta sentencia y otras que faltan igualmente en su traduccion francesa hecha del griego, "porque es verosímil, dice, que el autor de esta edicion tenia á la vista algun ejemplar mas perfecto que los que usamos ahora."

Terminemos estos testimonios de la Sagrada Escritura, con el expresivo pasage de la primera Epístola de San Pedro, que dice así: (Cap. III, v. 18 á 20): "Porque Jesucristo murió una vez por nuestros pecados, siendo justo por los injustos para ofrecernos á Dios, muerto á la verdad en la carne, pero vivificado en el espíritu, por el cual fué á predicar á aquellos espíritus que estaban en prision (*), que habian sido incrédulos

(*) Este lugar ha parecido muy oscuro y lleno de dificultades á los intérpretes. El alma de Jesucristo, mientras su cuerpo estaba en el sepulcro, descendió por un movimiento del Espíritu Santo al seno de Abraham, ó lugares ínfimos de la tierra, en donde estaban detenidas, como en prision, las almas de los justos, y de los pecadores arrepentidos, que habian muerto en gracia desde el principio del mundo; y allí les anunció que estaban ya abiertas las puertas del cielo, que hasta entonces habian estado cerradas. Y es conforme á esto la doctrina del símbolo: *descendió á los*

incrédulos (*) en otro tiempo, cuando esperaban la paciencia de Dios en los dias de Noé, mientras se fabricaba el arca, en la que unos pocos, es decir, ocho almas se salvaron en medio de las aguas."

Inmediatamente despues de este pasage, dice el mismo apóstol (Cap. IV, v. 6): "El Evangelio fué tambien anunciado á los muertos."

La bajada de nuestro Señor á los infiernos, si se entiende por esta expresion la visita que hizo á las almas á quienes su ascension abrió el cielo, no solo se creia como una opinion desde los primeros tiempos de la Iglesia, sino que tambien se enseñaba y confesaba como un artículo de fé, segun vemos por el símbolo de los apóstoles. Así, perderia yo inútilmente el tiempo si con trazas de una prolija disertacion quisiera referir todos los testimonios de los Santos Padres en favor de este dogma. Baste, pues, nombrar algunos de estos testigos respetables, como San Ignacio que fué discípulo de los

infiernos. Y así lo entienden, con el *Crisóstomo* y *San Gerónimo*, los Padres griegos y latinos. (Nota del Ilmo. Scio al cap. III de la 1.^a Epístola de San Pedro).

(*) De este número eran los que se habian arrepentido de sus pecados cuando acaeció el diluvio. Pues aunque al principio permanecieron incrédulos, y se burlaron de las amenazas que Noé les hacia de parte de Dios, mientras que fabricaba el arca; y contando largamente sobre la paciencia de Dios, no se cuidaban de impedir con su arrepentimiento los efectos de la cólera divina; pero despues, viendo que se cumplia lo que se les habia anunciado, se convirtieron sinceramente, y murieron en gracia de Dios; y á estos los salvó tambien Cristo, cuando descendió á los infiernos. *San Agustín*. (Idem idem).

apóstoles, San Justino, San Ireneo, San Atanasio, San Epifanio, los dos Gregorios de Nacianzo y Nisa, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Jerusalem, San Gerónimo, San Ambrosio, San Agustin, San Leon, San Gregorio el Grande, San Fulgencio, San Pedro Crisólogo, &c., y ademas de estos, Orígenes, Tertuliano y Eusebio.

CAPITULO V.

RESURRECCION DE JESUCRISTO, E IMPORTANCIA DE ESTE ACONTECIMIENTO.

“Se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual le ensalzó Dios, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. (San Pablo, Epíst. ad Philip. II, 8 á 11).”

La resurreccion de Jesucristo es un punto fundamental de nuestra religion santa, y su prueba mas patente. Por lo cual decia el grande Apóstol de los gentiles á los corintios: “Si Jesucristo no ha resucitado, nuestra predicacion es vana, y nuestra fé es vana tambien.” La misericordia de Dios manifestó y confirmó esta gran verdad de la resurreccion de Jesucristo sobre que estriba nuestra fé, con pruebas y testimonios tan multiplicados, tan visibles y tan convincentes, que es imposible dudar de ella, por poco sincero que sea uno.

Cuatro autores coetáneos han escrito la narracion de este grande acontecimiento, y dos de ellos, acaso todos, vieron muchas veces al Señor, le hablaron, le tocaron, y comieron y bebieron con él despues de su resurreccion. Tres de ellos escribieron su Evangelio en una época en que vivian todavía los mas de los contemporáneos de nuestro Señor, y San Mateo escribió el suyo en el año octavo despues de la resurreccion del Salvador, en Jerusalem, y le compuso en lengua hebrea, á la vista de los enemigos de Jesucristo y del sumo sacerdote Caifás. Al undécimo dia de la ascension del Hijo de Dios, los doce apóstoles (porque San Matias le siguió tambien, si no como uno de los doce, á lo menos como uno de sus discípulos, desde el bautismo de Juan hasta el dia que subió á los cielos), los doce apóstoles, repito, testificaban la resurreccion de Jesucristo con alegría y valor en vida, lo mismo que en el instante de morir, á presencia de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos que habian entregado nuestro Señor á Pilato (el cual estaba en Jerusalem), á vista de todo el pueblo, sin amedrentarse por las amenazas, ni dejarse vencer con las prisiones, los maltratamientos, el martirio y la muerte; y convertian muchos miles de personas que se hicieron testigos de esta doctrina por una vida santa, y por la confesion espontánea y gozosa de su creencia entre las cadenas y en medio de los tormentos.